

VIGILIA DE ORACIÓN

«No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador»
(Lc. 2, 10-11)

- *SILENCIO: Se enciende la primera vela de la corona de adviento*

La búsqueda

Estamos acostumbrados a pensar en nuestra fe como en algo relacionado a nuestra búsqueda de Dios. A menudo pensamos: "Tengo poca fe", porque lo buscamos poco, o también pensamos: "Tengo una buena relación con Dios", porque le dedicamos un poco de nuestro tiempo. La Navidad viene para recordarnos la verdad central del cristianismo: nuestra fe es un don suyo, porque él vino a buscarnos a nosotros. Podemos tener fe en él sólo porque sabemos que él nos está buscando a nosotros, más de lo que nosotros le busquemos a él. El Niño Jesús es Dios que vino a buscarnos aquí en nuestro mundo, entre nuestras casas. Fe es acoger a Dios que vino a buscarnos.

Lector 1: El nieto de Rabbi Baruch, el joven Jehiel, un día jugaba al escondite con otro chico. Se escondió muy bien y esperó a que el compañero le buscara. Después de haber estado esperando durante mucho tiempo salió de su escondite; el otro no se encontraba por ningún lado. Jehiel se dio cuenta entonces de que aquel nunca lo había estado buscando: se puso a llorar y corrió en la habitación del abuelo quejándose del compañero de juego. Los ojos de Rabbi Baruch se llenaron entonces de lágrimas y le dijo: «Así dice también Dios: "Yo me escondo, pero nadie me quiere buscar"».

M. Buber, *Los cuentos de los Chassidim*

Señor, dónanos una sed viva del encuentro contigo. Dónanos de comprender que si juegas al escondite con nosotros sólo es porque quieres que te busquemos. Queremos rezar a ti con las palabras del Salmo 27, escritas por una persona que deseaba encontrarte más que cualquier otra cosa:

[1] El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién he de temer? El Señor, el refugio de mi vida, ¿por quién he de temblar?

[2] Cuando se acercan contra mí los malhechores a devorar mi carne, son ellos, mis adversarios y enemigos, los que tropiezan y sucumben.

[3] Aunque acampe contra mí un ejército, mi corazón no teme; aunque estalle una guerra contra mí, estoy seguro en ella.

[4] Una cosa he pedido al Señor, una cosa estoy buscando: morar en la Casa del Señor, todos los días de mi vida, para gustar la dulzura del Señor y cuidar de su Templo.

[5] Que él me dará cobijo en su cabaña en día de desdicha; me esconderá en lo oculto de su tienda, sobre una roca me levantará.

[6] Y ahora se alza mi cabeza sobre mis enemigos que me hostigan; en su tienda voy a sacrificar, sacrificios de aclamación. Cantaré, salmodiaré al Señor.

[7] Escucha, Señor, mi voz que clama, ¡tenme piedad, respóndeme!

[8] Dice de ti mi corazón: «Busca su rostro.» Sí, Señor, tu rostro busco:

[9] No me ocultes tu rostro. No rechaces con cólera a tu siervo; tú eres mi auxilio. No me abandones, no me dejes, Dios de mi salvación.

[10] Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me acogerá.

[11] Enséñame tu camino, Señor, guíame por senda llana, por causa de los que me asechan;

[12] no me entregues al ansia de mis adversarios, pues se han alzado contra mí falsos testigos, que respiran violencia.

[13] ¡Ay, si estuviera seguro de ver la bondad del Señor en la tierra de los vivos!

[14] Espera en el Señor, ten valor y firme corazón, espera en el Señor.

- *SILENCIO: Se enciende la segunda vela*

La espera

Hay momentos particulares en los cuales buscamos al Señor. Uno de estos es cuando el dolor llama a nuestra puerta; y si de verdad se nos ocurre invocarlo con fuerza, puede suceder que, pasado el momento de dificultad, nos arrepintamos porque nos damos cuenta de que cada vez más a menudo nos olvidamos de él. Si tenemos la gracia de entender que Dios de nosotros sólo quiere amor, sólo quiere un poco de nuestro corazón, no nos resulta difícil entender que Dios se ocupa de nosotros siempre. Y él también se hace de esperar: se ha hecho de esperar durante siglos por el pueblo de Israel, se hace esperar también por nosotros. Porque la espera aviva el amor y el deseo.

Lector 2: No me gusta esperar en las colas. No me gusta esperar mi turno. No me gusta esperar el tren. No me gusta esperar antes de juzgar. No me gusta esperar el momento oportuno. No me gusta esperar otro día más. No me gusta esperar porque no tengo tiempo y yo vivo nada más que el instante del ahora. Pues tú lo sabes muy bien, todo está hecho para evitar la espera: los abonos de los medios de transporte públicos y los autoservicios, los créditos de los bancos y los expendedores automáticos, las fotos digitales, los tele-fax y las terminales de los ordenadores, la televisión y la radio. No tengo la necesidad de esperar a las noticias: ellas mismas me preceden. Sin embargo tú, Dios, has elegido hacerte esperar durante todo el tiempo de un Adviento. Porque tú has convertido la espera en el espacio de la conversión, en el cara a cara con todo lo que está escondido. La espera, sólo la espera, la espera de la espera, la intimidad con la espera que está en nosotros, porque sólo la espera llama la atención y sólo la atención es capaz de amar.

J. Debruyrre, *Ecoute, Seigneur, ma prière*

El tiempo de la Espera (Guido Novella)

Señor, a menudo no espero para nada o espero cosas.
Y me encuentro con el corazón vacío.
Despierta en mi el deseo de esperar a las personas.
De esperarte a ti.
Dame la capacidad de discernir la inquietud
Que siempre me coge:
Es tu voz la que me invita a desear lo nuevo.
Haz que sienta en el aire el perfume
De tu dulce presencia.
Tú, el verdadero amigo que nunca me abandona.
Tú, mi futuro soñado
Y que ya se ha convertido en realidad.
Porque tú le tienes cariño a mi existencia.
¡Ven, Señor, en mi día a día!

- *SILENCIO: Se enciende la tercera vela*

El encuentro

El que encontró al Señor se quedó transfigurado interiormente. El encuentro con Dios no se puede "contar", así como ningún encuentro verdadero e importante jamás se podrá explicar en profundidad. El que lo vivió lleva su marca en los ojos, pero sobre todo en el corazón. La historia de la espiritualidad se ha tejido con figuras de santos que, después del encuentro con Dios, le han convertido en el sentido de su existencia diaria; cada uno lo encontró en una manera distinta, en tiempos distintos, en lugares y circunstancias distintas. Sin embargo todos tienen en común la sensación de fiesta y la profunda paz interior que deriva de este encuentro; una paz y una fiesta estrenada por el canto de los ángeles en Nochebuena, y que se repite cada vez que Jesús viene a "cenar" con nosotros.

Lector 3: Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador

de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento.

Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor. El ángel les dijo: «No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace».

(Lc. 2,1-14)

Lector 4: Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.

(Ap. 3,20)

En el Evangelio, y en toda la Biblia, se expresa en continuación el deseo de Dios de "cenar" con nosotros, de encontrar un espacio de confianza y tranquilidad en nuestro corazón, para habitarlo y llenarlo de su amor. Señor, queremos decirte que nosotros también esperamos este encuentro, queremos que tú te sientes cara a cara con nosotros.

Mi Señor

(todos juntos)

Deja que me sienta
Por un momento a tu lado;
más tarde terminaré
el trabajo que me espera.

Contigo encuentro la vida,
los susurros y suspiros,
tengo mil trovadores
en la corte de tu amor.

Lejos de tu mirada,
me canso enseguida;
mi trabajo es pena
y me siento perdido.

Deja que me sienta
Cara a cara;
quiero cantar la alegría
de pertenecerte.

(Rabindranath Tagore)

- *SILENCIO: Se enciende la cuarta vela*

Somos hijos tuyos, Señor, y nos sentimos felices de poder orar como Jesús nos enseñó:

- **Padre nuestro...**
- Bendición final

Cada uno enciende una vela desde las 4 velas encendidas de la corona de Adviento y la sujeta en su mano durante el canto o los cantos finales: representa la luz de Dios que baja y entra en nuestros corazones.